

Josep Maria Tallada en las páginas de *La Vanguardia Española* (1939-1946)

Paola Lo Cascio*

La presente investigación focaliza su atención en la figura de Josep Maria Tallada i Paulí, prestigioso economista catalán de la primera mitad del siglo xx en su etapa de columnista en *La Vanguardia Española*, entre 1939 y 1946, año de su muerte.

De origen burgués, formación internacional y convicciones políticas regionalistas, Tallada, a lo largo de su vida, pasó de ser un entusiasta convencido de las ideas liberales y modernizadoras tanto en política como en economía a destacar como intelectual importante posicionado en favor del régimen franquista.

Las razones que llevan a centrar la atención en esta última etapa de la trayectoria pública de Josep María Tallada tienen que ver con la voluntad de seguir la evolución ideológica y política de un sector concreto pero decisivo de la sociedad catalana en la primera mitad del siglo pasado. Un sector que en el primer tercio del siglo xx fue políticamente moderno e intelectualmente insertado en los debates internacionales pero que acabó dando apoyo a un régimen que aunaba las corrientes más determinadas e integralistas del reaccionarismo español.

La historiografía más reciente ha valorizado aquellos planteamientos interpretativos que sitúan la experiencia española en una perspectiva de corte continental. En otras palabras, ha visibilizado claramente (partiendo de la IGM pero abarcando el conjunto de la etapa contemporánea)¹ la existencia de un debate Enriquecedor en torno a la congruencia o divergencia política, económica, social y cultural de España con el resto de los países europeos a lo largo de los siglos xix y xx rompiendo con una historiografía tradicional dada a subrayar la «excepción española». La condición de país periférico y decadente a lo largo del siglo xix (con la debacle colonial incluida), la falta de participación en el primer conflicto mundial, la experiencia de la Guerra Civil i, finalmente, la larga dictadura que resistió —como un anacronismo funcional a los nuevos equilibrios de la guerra fría— hasta la mitad de los años 70 del siglo xx, han proporcionado elementos que daban cierta solvencia a un planteamiento interpretativo según el cual España había sido y era en cierta manera «diferente».

Sin dejar de ser estos últimos elementos decisivos para explicar las características propias e irrepetibles de la manera en que España entró en la contemporaneidad, la nueva historiografía ha querido y sabido hacer una intersección

* Centre d'Estudis Històrics Internacionals de la Universitat de Barcelona.

1. Un primer balance de la producción de la última década en J. ESCULIES, «España y la Gran Guerra. Nuevas aportaciones historiográficas», *Historia y política* (32), 2014, pàgs. 47-70.

imprescindible con las coyunturas continentales, para situar los procesos específicos en un horizonte que rescata no solo las dinámicas de impacto de los grandes acontecimientos europeos en la historia española, sino también del cómo y el cuánto los acontecimientos españoles tienen repercusiones en el escenario europeo.

En el caso de la Primera Guerra Mundial, por ejemplo, uno de los aspectos que se han demostrado más fecundos ha sido el de la atención a cómo diferentes actores políticos y sociales –institucionales o informales, colectivos o individuales– habían vivido e interpretado² la tremenda fractura representada por el conflicto. En cierto modo, y de la misma manera en que ello se había producido en el caso de otros países europeos, se ha querido analizar hasta qué punto y en qué sentido las convulsiones derivadas de la Gran Guerra en muchos órdenes se habían transformado en una especie de «escuela de formación» para estos actores a la hora de interpretar la realidad, que marcaría buena parte del resto del siglo. La cuestión parece extremadamente relevante: menos de veinte años después, España se convertiría en el centro del mundo, albergando un sangriento conflicto civil que implicaría de forma directa e indirecta la práctica totalidad de los países europeos y que se podría situar claramente como uno de los episodios más significativos de aquella que Eric Hobsbawm denominó ahora hace más de veinte años «La Guerra Civil Europea». De esta manera, enlazar la historia de España y la historia de Europa acaba siendo una operación útil para la comprensión tanto de la primera como de la segunda.

Esta contribución se quiere insertar en este planteamiento interpretativo, aun consciente de los inevitables límites que pueda comportar el análisis de una trayectoria individual³ por muy prestigiosa que sea. Sin embargo, la elección del personaje⁴ –por su relevancia y por su dilatada trayectoria– parece plenamente adecuada para ello. El análisis de la evolución política y cultural de Tallada y de su paso por *La Vanguardia Española* de la primera posguerra permite profundizar en la propia naturaleza del franquismo –y, especialmente, de su consolidación en Cataluña– desde una perspectiva más amplia.

Además de académico y burgués, Tallada fue catalán de nacionalidad y catalanista de militancia política –llegó incluso a ser un dirigente importante de la Lliga Regionalista impulsada por Prat de La Riba, y pieza importante de la Mancomunitat de Catalunya. En este marco, su trayectoria ayuda a rastrear las vías a través de las cuales, en dos décadas, unos sectores comprometidos con una propuesta conservadora pero culturalmente moderna, y a la vez regionalista, acabaron integrándose en una dictadura que hizo del conservadurismo a ultranza y de un planteamiento rabiosamente negador de las diferencias nacionales internas en el Estado español los pilares de su misma existencia.

La cuestión no es baladí en el momento en que no solo Tallada, sino también muchos prohombres de la Lliga –más allá de la intervención directa de las nuevas autoridades a través del ejército ganador–, fueron *de facto* el personal político

2. M. FUENTES CODERA, *España en la Primera Guerra Mundial: una movilización cultural*, Madrid, Ediciones Akal, vol. 351.

3. Ha habido ya aproximaciones en este sentido: M. FUENTES CODERA, *El campo de fuerzas europeo en Cataluña: Eugeni d'Ors en los primeros años de la Gran Guerra*, Universitat de Lleida, 2009.

4. Sobre la figura de Tallada, todavía no existe una biografía específica, a excepción de un breve perfil en F. ROCA, *El pensament econòmic català: 1900-1970*, Vol. 2, Edicions Universitat Barcelona, 1994.

y los referentes culturales a partir de los cuales la dictadura se consolidó en Cataluña. Como ha empezado a subrayar la historiografía más reciente superando el tabú de la existencia de un franquismo «autóctono» catalán, no simplemente impuesto por la fuerza de las armas, la *dictadura realmente existente* se alimentó también de toda una cultura política que, a pesar de nacer modernizadora, se reveló a la postre compatible con el nuevo marco político salido de la guerra.⁵

Esta perspectiva contribuye implícitamente a diseñar un perfil menos homogéneo del franquismo, en el momento en que asume la idea que en los distintos territorios construyó sus cimientos a partir de la fuerzas de las armas pero también de la participación activa de sectores con culturas políticas diferentes, no automáticamente reconducibles al núcleo duro de las llamadas familias políticas de la dictadura.

J.M. Tallada, unas notas biográficas

Josep Maria Tallada i Paulí nació en Barcelona en 1884 de familia acomodada. Se graduó primero en Derecho y en Ingeniería Industrial en 1908. Ya desde temprana edad fue cercano a las posiciones de la Lliga Regionalista⁶ de Enric Prat de la Riba⁷ y pronto compaginó su faceta de científico con la responsabilidad pública.⁸ Con solo 25 años, en 1909, presidiendo la Joventut Nacionalista —la rama juvenil del partido—, ya era director del Museo Social de Barcelona (MSB), una entidad creada por el consorcio formado por el Ayuntamiento de Barcelona y el gobierno de la Diputación Provincial, por aquel entonces liderada por el mismo Prat de la Riba.

Precisamente los años en los que Tallada participó en el desarrollo y consolidación de la Mancomunitat fueron también los años en que empezó a publicar su abundante producción científica, que se refería al conjunto de las ciencias sociales. De hecho, publicó sus primeros ensayos importantes en la primera década del siglo xx (*El moviment social durant el segle XIX*, en 1911, y *Demografia de Cataluña*, en 1918).

Durante la dictadura de Primo de Rivera, a pesar de dar su apoyo al nuevo régimen, no dejó de apostar por una receta de sabor positivista dedicándose a estudiar el fenómeno de la Gran Depresión y sus efectos (*La crisi d'una civilització*, 1935), interrogándose sobre la crisis del sistema capitalista y centrando su atención también en la alternativa representada por el sistema soviético (*L'organització econòmica de la Rússia soviètica*, 1935).

5. Francesc VILANOVA I VILA-ABADAL, «1939: la 'falsa ruta' de los regionalistas catalanes», *Espacio Tiempo y Forma*. Serie V, Historia Contemporánea, nº 9, 1996; Jordi AMAT, *El llarg procés: cultura i política a la Catalunya contemporània (1937-2014)*, Barcelona, Tusquets Editors, 2015.
6. C. E. EHRICH, *Lliga Regionalista: Lliga Catalana, 1901-1936*, Vol. 3, Barcelona, Editorial Alpha, 2004; Borja DE RIQUER PERMANYER, J. M. FONTANA LÁZARO, *Lliga regionalista: la burguesia catalana i el nacionalismo (1893-1904)*, Barcelona: Edicions 62, 1977.
7. E. UCELAY DA CAL, *El imperialismo catalán: Prat de la Riba, Cambó, D'Ors y la conquista moral de España*, Barcelona: Edhsa, 2003; P. RIGOBON, «Enric Prat de la Riba: l'ideología del pragmatismo nacionalista catalán», *Spagna contemporanea*, 1, 1992, págs. 25-48; E. JARDÍ, *El pensament de Prat de la Riba*, Barcelona, Editorial Alpha, 1983.
8. Su proyección en la esfera pública lo llevó también a estar en la directiva del RCD Español a lo largo de toda las décadas de los años 10, durante la presidencia de Manuel Allende.

Durante los años de paz de la República fue diputado por la Lliga y el estallido de la guerra le llevó a apoyar el golpe de los militares. Pasó las líneas y se refugió en el territorio controlado por Franco, desde donde, en octubre de 1936, renegaba de su pasado regionalista y firmaba un manifiesto de apoyo a los sublevados.⁹ Ya en el año académico 1937-1938, fue profesor de la Universidad de Salamanca, donde pasó el resto de la guerra, y regresó a Barcelona solo al final del conflicto. De vuelta a Barcelona, se convirtió en articulista destacado de *La Vanguardia Española*, periódico con el que colaboró hasta 1946, año de su muerte.

La Vanguardia Española y la consolidación del régimen en Cataluña

El 26 de enero de 1939 las tropas de Franco entraban a Barcelona, después de que pocos resistentes intentaran frenar la llegada del ejército de ocupación con barricadas improvisadas.

La capital catalana se despedía de manera atroz de su reciente pasado republicano: la represión ejercida por los franquistas fue brutal.¹⁰ La administración fue militarizada y Franco nombró jefe de los servicios de ocupación al general Eladio Álvarez Arenas, hasta que en julio de 1939 el mando pasó a manos del gobernador civil González Oliveros.

Sin embargo, y a pesar del ahínco con el que el nuevo régimen impuso militarmente su presencia, quedaba el problema de seleccionar una clase dirigente autóctona –política pero también intelectual– que pudiera colaborar en las tareas de consolidación del régimen.¹¹ En este sentido, algunos hombres de la Lliga Regionalista fueron piezas importantes, consustanciales y no exógenas, que acabaron encarnando el régimen a partir de 1939.

Se trató de una operación política y cultural importante que arrancaría con un famoso editorial de F. Valls Taberner titulado «En los comienzos de la paz. La falsa ruta»,¹² en el cual el antiguo dirigente de la Lliga abjuraba de su pasado regionalista –la «falsa ruta» a la que aludía el título– para abrazar con entusiasmo el nuevo régimen.¹³ El artículo se publicaría en *La Vanguardia* rebautizado justo después de la guerra como *La Vanguardia Española*, para subrayar su adhesión al proyecto centralizador franquista. En este sentido vale la pena remarcar el papel que jugó el periódico en la consolidación de la dictadura:¹⁴ desde su creación –en 1881, fundado por los condes de Godó–, y se podría decir que hasta nuestros días, es el gran poder fáctico catalán. El régimen entendió pronto que ese sería el vehículo privilegiado para aparejar a la acción represiva un intento de construcción de hegemonía cultural. Por eso optó por un esquema

9. Citado en Borja DE RIQUE PERMANYER, *L'últim Cambó (1936-1947). La dreta catalanista davant la guerra civil i el franquisme*, Vic, Eumo, 1996, págs. 278 y ss.
10. J. M. SOLÉ I SABATÉ, *La repressió franquista a Catalunya, 1938-1953*, Barcelona, Ed. 62, 1985.
11. D. CORDEROT, «La revista Destino (1937-1939) y la cuestión de la catalanidad», AA. VV, *Centros y periferias en el mundo hispánico contemporáneo*, Institut d'Estudis ibérices & Ibérico-americaines, 2004, págs. 207-231.
12. *La Vanguardia Española*, 15 de febrero de 1939.
13. Francesc VILANOVA I VILA-ABADAL, «1939: la ‘falsa ruta’ de los regionalistas catalanes», *Espacio Tiempo y Forma*, Serie V, Historia Contemporánea, 1996, n.º 9.
14. Rafael ARACIL, Andreu MAYAYO i Antoni SEGURA (eds.), *Diari d'una postguerra. La Vanguardia Española (1939-1946)*, Catarroja, Ed. Afers, 2010.

de intervención complejo en el medio de comunicación catalán más importante: por un lado, fueron las mismas autoridades franquistas quienes impusieron un nuevo director, el periodista Luís de Galinsoga, pero por el otro, el grueso del discurso de legitimación del nuevo régimen fue codificado por importantes y enraizados intelectuales conservadores catalanes. Josep María Tallada fue uno de ellos, y publicó en las páginas del diario extensas colaboraciones desde la primavera de 1939 hasta pocos días antes de su muerte, en 1946.

Josep María Tallada en *La Vanguardia Española*

Si se analizan las muchas contribuciones de Tallada en las páginas de *La Vanguardia Española*, cabe destacar previamente dos cuestiones importantes. En primer lugar, que el ya anciano profesor pudo contar con cierta libertad en la selección de los temas y se separó a veces de los más manidos enfoques de la propaganda. En esta circunstancia tuvo algo que ver la labor de Juan Aparicio, figura clave en la reorganización de la prensa del régimen franquista (desde 1941 delegado nacional de prensa). Como en otros casos, Aparicio entendió que para que la «fábrica del consenso»¹⁵ funcionara al máximo de sus posibilidades era importante la homogeneidad del mensaje pero también el prestigio del emisor mismo. En este sentido, el propio régimen se curó de omitir el pasado catalanista de Tallada, optando por mantener intacto su prestigio y ponerlo al servicio de la consolidación del franquismo en Catalunya.

En los siete años que median desde el final de la Guerra Civil y su muerte, Tallada escribió largas piezas sobre muchos temas, no únicamente vinculados a la economía. En general, tres cuestiones acapararon mayoritariamente su atención: la República y la Guerra; el sistema capitalista y la crisis del liberalismo político, y la Segunda Guerra Mundial y los cambios económicos. A continuación, se procederá al análisis de cómo trató estos temas en las páginas del diario.

LA REFLEXIÓN ACERCA DE LA REPÚBLICA Y LA GUERRA

En primer lugar, una reflexión en torno al pasado español más reciente y a las perspectivas del nuevo régimen estuvo muy presente. Tallada ofrecía una lectura de la experiencia republicana que la vinculaba de forma automática a la Guerra Civil. La República había sido un régimen enfermo de «intelectualismo» [sic!]-identificado en la figura del presidente Azaña-, había seducido respetables profesionales, médicos, abogados con la promesa de una sociedad más libre y más justa, había abierto las puertas a una revolución proletaria y al caos a que el Caudillo había tenido que poner remedio. En definitiva, la culpa de la guerra había sido claramente de los intelectuales burgueses de Madrid y de Barcelona, que, traicionando sus intereses de clase y su papel de élite dirigente, habían «jugado a la revolución», instigando las masas.¹⁶

15. Benito BERMEJO SÁNCHEZ, «La Vicesecretaría de Educación Popular (1941-1945): un ministerio de la propaganda en manos de Falange», *Espacio, tiempo y forma*, Serie V, Historia contemporánea, 1991, nº 4, págs. 73-96.

16. Josep María TALLADA, «La inconsciencia de la burguesía», *La Vanguardia Española*, 8 de marzo de 1939, pág. 5.

Y la Guerra había sido la lucha entre un racionalismo disgregador y decadente y el renacimiento spiritual representado por Franco y sus generales. E incluso por Mussolini, considerado ahora un «genio» a medio camino entre Maquiavelo y Nietzsche (con toques de George Sorel), que había entendido desde el primer momento que en España se estaba jugando un gigantico choque no político, sino espiritual.¹⁷ Ciertamente contrasta con la interpretación de las dictaduras que el mismo Tallada había hecho al principio de la década, cuando éstas eran poco más que el reflejo político de un sistema económico enfermo.

Sin embargo, a pesar de que la adhesión del economista a las nuevas autoridades fue nítida y sin fisuras, no implicó que hiciera suyas del todo las coordenadas vitalistas, antirracionalistas (recuérdese el «¡Muera la inteligencia!» de Millán-Astray) y ferozmente cerradas al exterior de una parte del régimen. Al contrario, en un momento de exaltación de las excelencias intelectuales «genuinamente» españolas, por ejemplo, Tallada criticaba duramente las restricciones sobre la circulación de las publicaciones extranjeras.¹⁸

EL SISTEMA CAPITALISTA Y LA CRISIS DEL LIBERALISMO POLÍTICO

En segundo lugar, los artículos de Tallada ofrecieron reflexiones más generales que tenían en su centro la crisis del sistema capitalista y del liberalismo político procedente del siglo xix. En realidad, el economista retomaba muchos de los argumentos tratados sobre todo en *La crisi d'una civilització*: el siglo xix había sido el siglo de la racionalidad y el progreso, el vapor, la tecnología, el capitalismo y el liberalismo político. La tendencia hacia una concepción puramente materialista del desarrollo económico y las relaciones entre las clases sociales era lo que había creado un cambio estructural de la misma manera de gestionar el capitalismo, que se había acabado transformando en un sistema situado muy lejos de la competencia perfecta. La regulación progresiva y la transformación de la economía mundial en sentido oligopólico habían dado lugar a una distorsión de las bases del sistema y habían desembocado en la tragedia de la Primera Guerra Mundial y la revolución bolchevique. ¿De quién había sido la culpa? Si evidentemente atribuía mayores responsabilidades a la peligrosa innovación del marxismo, recordaba cómo el enfoque materialista que el marxismo había adoptado era el hijo —quizá ilegítimo, pero aún el hijo—, el aparato conceptual definido por los grandes pensadores de la economía clásica liberal, como Ricardo o el propio Smith.

La lectura económica daba pie a una lectura política-filosófica de las tres últimas décadas de la historia del mundo, de Europa y, en definitiva, de España: en resumen, todo lo que había sucedido, en todos los órdenes de la evolución política, económica, social y cultural no era otra cosa que la manifestación multifacética de un crítico y doloroso paso de una etapa histórica a otra. Es decir, el resultado de la muerte del mundo nacido de la doble revolución (usando la terminología de Hobsbawm) y de la imposibilidad de reconstruir un nuevo equilibrio. En este contexto, volvía a la argumentación justificativa de las dictaduras: no eran

17. Josep Maria TALLADA, «Italia, nuestra amiga», *La Vanguardia Española*, 23 de abril de 1939, pág. 5.

18. «¡Necesitamos libros y revistas extranjeras!», J. M. Tallada, «¡Libros! ¡Libros!», *La Vanguardia Española*, 5 de abril de 1939, pág. 4.

más que una respuesta específica a la magna crisis que se extendió por todos los sistemas de los países industrializados después de la Primera Guerra Mundial.¹⁹

Las dictaduras fueron, por tanto, «reacciones defensivas» a la desintegración de todo un mundo, amenazado por el monstruo bolchevique, pero socavado en definitiva por sus propias contradicciones internas. Contradicciones que tenían responsables identificables, esas mismas clases sociales que habían sido hegemónicas y decisivas en su construcción y que ahora se habían mostrado incapaces de proporcionar respuestas. En un largo artículo de 1942 en forma de una imaginaria carta abierta a un amigo «burgués», Tallada resumía de forma contundente esta tesis, con un tono grave que parece dirigir no solo al amigo imaginario sino a él mismo, en forma de autocritica.²⁰

LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL Y LOS CAMBIOS ECONÓMICOS

El último grupo de contribuciones se compone de los muchos artículos que el economista dedicó a la Segunda Guerra Mundial. También en este caso el esqueleto del análisis se basa en la observación de los fenómenos económicos asociados con la guerra, pero a partir de esta clave, Tallada abría la mirada a todos los enormes cambios que se estaban produciendo en Europa y en el mundo.

Este no es el lugar para entrar en devenir de las posiciones de política exterior española durante la Segunda Guerra Mundial,²¹ un tema ampliamente visitado por los historiadores. Solo para contextualizar, vale la pena recordar que aun con una posición claramente pronazi (de hecho, España no era neutral, pero sí no beligerante, y envió un contingente de voluntarios —la División Azul— a luchar bajo el mando de oficiales de la Wehrmacht) se fue alejando progresivamente del Eje a medida que su derrota era cada vez más probable. En 1942 dimitió el ministro filoalemán Serrano Súñer («el cuñadísimo») y, después de períodos cortos en los que la cartera estuvo en manos de militares y diplomáticos, en 1945 la responsabilidad fue confiada al católico Martín Artajo. La transición a posiciones filoaliadas había concluido y la dictadura estaba a punto de una reubicación difícil en el nuevo equilibrio de la Guerra Fría. Esta evolución de las posiciones del gobierno de Franco tuvo su reflejo en la prensa, como es lógico.

19. «La floración casi sincrónica de Dictaduras de los años 1920 a 1930 no fue un suceso casual, sino una reacción defensiva de un mundo en peligro que buscaba a tientas el camino de salvación. El movimiento intelectual en pro de una reforma del Estado, encontró eco en la mayoría de pueblos europeos después de la Gran Guerra», J. M. Tallada, «Anticipaciones I», *La Vanguardia Española*, 19 de octubre 1941, pág. 3.
20. «Yo he nacido, como tú, en esa capa social de límites inciertos que se conoce con el nombre de burguesía. [...] Nuestra clase era liberal en política y en economía; pero en cuanto a política, creímos más en el liberalismo que en la democracia y en la economía nos quejábamos ya de que el Estado se metiera en todas partes. [...] Con estas pinceladas he querido recordarte el ambiente en que se formó mi pensamiento, y cómo me adentré en la comprensión de la ideología burguesa, en especial de la burguesía de mi tierra, a la que he servido, bien desinteresadamente por cierto, con mi palabra y con mi pluma, siempre que he visto que se atacaba con dureza y con injusticia. Por estos mis antecedentes, me creo en derecho a hablarte crudamente hoy que tan desorientados veo a los hombres de nuestra clase. [...] Yo no puedo ser de los que culpen a la burguesía del desconcierto actual del Mundo, pero siempre las transformaciones sociales se han producido, no solo por el empuje de las ideas nacientes, sino, en gran parte, por las carencias y errores de las clases predominantes. [...] No supo ver la burguesía que el trabajo era inseparable del trabajador, y al tratar al trabajo como una mercancía que se negocia con arreglo a la ley de la oferta y la demanda, faltó a la justicia y a la fraternidad humanas, y creó el ambiente propicio a la explosión de los odios sociales. [...]». J. M. TALLADA, «Carta a mi amigo el burgués», *La Vanguardia Española*, 19 de febrero de 1942, pág. 5.
21. Escribiría también el volumen económico de la monumental *Historia de la Segunda Guerra Mundial*, dirigida por Manuel Aznar. Pero el tomo de Tallada se publicaría solo después de su muerte, en 1946. M. AZNAR, *Historia de la Segunda Guerra Mundial*, Madrid, Idea, 1941-1946.

Sin embargo, vale la pena señalar que en el caso de Tallada las variaciones de juicio no siguieron tanto los ritmos marcados de manera explícita por la evolución diplomática. De hecho, más que una evolución en el juicio, lo que se puede ver es una variación de los temas tratados por el autor: más centrado en las causas del conflicto al inicio y más centrado en cuestiones relacionadas con la reconstrucción en una segunda fase.

Tallada definió su paradigma de interpretación con toda claridad poco más de un mes después del inicio de las hostilidades. El choque entre Inglaterra y Alemania —la primera con el mantenimiento de su imperio colonial; la segunda con el experimento nazi totalitario— no era nada más que la lucha entre dos intentos diferentes —los dos inadecuados— de responder a la crisis del capitalismo del siglo XIX y las instituciones liberales.²²

No había, de hecho, ni juicio moral ni político sobre los nazis. Tallada relativizaba la importancia y autonomía de Hitler y el nazismo mediante su inclusión en la tendencia más general de la ideología y la política (y no solo en los Estados totalitarios) para dominar todos los órdenes de la vida económica y social. Esta visión, entre la resignación y un cierto neutralismo científico, no le impidió defender la acción de las tropas de Hitler durante los primeros meses de la guerra, leyendo la expansión alemana como defensiva con respecto a la amenaza soviética.²³ Se concentró en el análisis de los cambios económicos resultantes del conflicto, considerado en todo su potencial como vectores del cambio político y cultural. El tema de la autarquía, por ejemplo (en un momento en que cierto pensamiento falangista era hegemónico en España), era tratado por Tallada de manera «técnica»²⁴ y no como una elección dictada por impulsos de grandeza nacionales.

Desde mediados de 1942, y a lo largo de 1943, las intervenciones de Tallada fueron un poco menos frecuentes, aunque de las noticias publicadas en las páginas culturales del periódico se puede inferir que se trataba de un período de intensa actividad pública. Volvió a escribir con más asiduidad en 1944, cuando gran parte de los destinos del conflicto ya estaban marcados y cuando, en paralelo, Franco estaba a toda prisa abandonando sus posiciones pronazis. En esta última fase, concentró sus reflexiones en torno a dos temas principales: la cuestión social y la reconstrucción física y «moral» de Europa después de la guerra volviendo otra vez a culpabilizar unas clases dirigentes liberales incapaces de gobernar políticamente los cambios producidos en el sistema económico «faltó una decidida cooperación de la masa de empresarios a la gran obra de reforma social emprendida».²⁵

22. Josep Maria TALLADA, «Europa 1939», *La Vanguardia Española*, 12 de noviembre de 1939.

23. «La acción de Hitler, dicen, no constituye una defensa de Europa contra la futura invasión comunista de un Mundo debilitado por la guerra, sino el deseo de añadir un país más a la lista de los que sus ejércitos conquistan. El sutil veneno de la mentira está infiltrado por doquier en nuestras sociedades», J. M. TALLADA, *La Vanguardia Española*, 16 de julio de 1940.

24. Josep Maria TALLADA, «La autarquía», *La Vanguardia Española*, 6 de agosto de 1941, pág. 1.

25. Josep Maria TALLADA, «Reflexiones sobre el problema social», *La Vanguardia Española*, 7 de mayo de 1944, pág. 10.

Conclusiones

Josep María Tallada fue, en última instancia, un superviviente de un mundo desaparecido. Un liberal burgués que había mantenido a raya un instinto natural de rechazo hacia la masificación de la sociedad. Que había alejado con los instrumentos asépticos de las ciencias sociales la inevitable conflictividad de clase y la progresiva democratización de las relaciones sociales y políticas. Le había tocado vivir una coyuntura de transformación política, social y económica que arrolló un mundo que, aunque fuera capaz de entender —como dio sobradas muestras de hacer—, simplemente ya no era el suyo. Había cruzado con horror aquella fase de la grande y violenta crisis de modernización continental que había comenzado con la Primera Guerra Mundial, había continuado con la Guerra Civil Española y había culminado con la Segunda Guerra Mundial. Asustado y amargado en partes iguales, había puesto en marcha un mecanismo automático de defensa de su condición y situación social. Por ello, renegando de su fe en la racionalidad y en el progreso, había optado por apoyar aquellos que, en su país, con la conspiración, las armas y con una aterradora represión y negación de la democracia y los derechos humanos durante casi cuarenta años, se empeñaron en hacer retroceder el reloj, cristalizando los equilibrios económicos y sociales del pasado.

Después de todo, fue el propio Tallada, en una especie de *coming out* ideológico y biográfico en 1942, quien explicó las razones de su particular ruta. En un artículo significativamente titulado «Yo viví en Arcadia» contó su historia, que fue también la de muchos burgueses catalanes que se habían formado políticamente en las primeras décadas del siglo XX y que acabaron siendo la columna vertebral del franquismo en Cataluña. Formados, modernos, abiertos, frente a las convulsiones del mundo y de su propio país escogieron el camino del miedo, de la represión y de la reacción:

Nuestras vidas se deslizaron los tres primeros lustros del siglo con aquella dulce facilidad que caracterizó a la Europa de aquel período [...]. A pesar de vivir en la época del triunfante capitalismo, los ricos eran menos ricos que hoy, en que el capitalismo está en crisis, y los pobres tenían una vida menos azarosa y miserable que con los numerosos protectores de las más varias tendencias que hoy quieren hablar en su nombre. Barcelona, a principios de siglo, empezaba a reponerse de la sacudida económica que le produjo la pérdida de los mercados coloniales, y, por el contrario, la aportación de capitales que consigo traían los españoles patriotas que emigraban de Cuba, Puerto Rico y Filipinas daban un ritmo más vivo a la vida ciudadana y llenaban con edificaciones los solares, aún numerosos en el ensanche de la ciudad. Las luchas políticas, muy alejadas de los radicalismos de la posguerra, contribuían al progreso artístico y literario que daba a nuestra ciudad tonos parisienses. [...] Podía entonces recorrerse toda Europa sin pasaportes ni salvoconductos [...] Pero una noche, al volver a casa, compré con gesto habitual

26. Josep Maria TALLADA, «Yo viví en Arcadia», *La Vanguardia Española*, 30 de diciembre de 1942, pág. 9.

un periódico de la noche. En la penúltima página, confundida entre otros telegramas extranjeros, leí, por encima, que en una aldea de Serbia un estudiante había asesinado a unos archiduques austriacos.

—¡Esos Balcanes! —murmuré entre sonriente y commiserativo.

Nadie sospechó aquella noche que acababa de levantarse el telón y empezaba el drama. Solo Lenin, desterrado en su modesto hotel de Suiza, presintió que se acercaba el retorno a Moscú.²⁶

